

MATICES

La Responsabilidad Social y la pobreza

Ricardo Villasmil Bond

ricardovillasmil@hotmail.com

Una de las grandes paradojas de la especie humana es la coexistencia de la abundancia material con la penuria en el mundo. En nuestra sociedad podemos apreciar a diario el doloroso contraste que ofrece un niño famélico pidiendo limosna a un hombre montado en un automóvil de decenas de miles de dólares. Entre sociedades el contraste es tan o más impresionante: basta con comparar el paisaje y la calidad de vida de Luxemburgo con los de Puerto Príncipe.

Estos contrastes suelen generar una condena moral hacia quienes duermen en paz en sus palacios sabiendo que millones de niños mueren a diario de hambre. Erradicar el egoísmo, según esta visión, equivaldría a erradicar la pobreza. Si no fuese por haber demostrado, a lo largo de la historia, la insuficiencia de la caridad en la lucha contra la pobreza, sería difícil oponerse a una lógica tan simple y tan humana a la vez.

Los defensores argumentan que los fracasos anteriores obedecen a la insuficiencia de los esfuerzos realizados y a las fallas de coordinación en la ayuda. Los escépticos, por su parte, dudan de la posibilidad que tiene esta estrategia "Robinhoodiana" de lucha y sostienen que la razón fundamental de la persistencia de la pobreza radica no en el egoísmo, sino en haber ignorado hasta ahora el papel que juegan las instituciones -y los incentivos que ellas generan- a la hora de explicar el pésimo desempeño económico de los pobres.

En el caso de una misma sociedad, la raíz del problema está muchas veces en la exclusión histórica de ciertos grupos de toda posibilidad real de ascenso social. En el continente americano, por ejemplo, la esclavitud de negros e indios durante la colonia y su mutación en el tiempo hacia formas menos visibles de exclusión -como la pésima educación que reciben hoy estos grupos- explican en buena medida su posición relativa en la sociedad. Y entre sociedades, diferencias en cosas abstractas como la seguridad jurídica y la estabilidad política e institucional, moldean las decisiones de inversión de empresas e individuos, estimulando la inversión en unos y la búsqueda de rentas en otros. Así, los primeros crecen, generan empleo y oportunidades mientras los segundos generan miseria.

Sin duda, la solución no está en los extremos. La urgencia del problema exige caridad. Pero su complejidad exige también estudiar cómo se pueden transformar las instituciones del tercer mundo para que los haitianos tengan los incentivos para comportarse como los luxemburgueses.